

*En Iquique alguien pregunta quién viene
(Homenaje a Chile en su muchacha)*

≈ **EDUARDO ESPINA**

Desde lejos venía en pose de haberlo sabido.
Habría venido desde lejos para que la vieran
volver unida a la idea de madre hay una sola.
Y la que hay, hallazgo para la región del ojo,
callaba con un cachamay al cambiar de talle.
Claro está, llegaba ella antes a cada decisión.
Era para la pereza del espejo una hipotenusa
mientras transformaba al mancebo la maldad
de su monja simultánea tañendo una campana
añadida a las indiadas del color sin Colo Colo.
Muchacha, abucheada incluso por el principal
que pasara con el bicho abochornándola a ella.
Garchadora, fornicatriz, abrebraguetas brutal,
vivía para ver vergas bruñidas por añadidura,
al alma madurar debajo de una tumba mortal.
Muchacha chueca con alguna fachada de más,
vivía para ver si sería islas, eslora, camalotes,
sobre todo el agua en la cual igual algo vibra.
Con centímetros, con metro de mar en medio,
la música la mostraba trivial, breve de ansias
para quien nunca pensara aparecer de a poco.
Y la muchacha, caída en charco de calchaquí.
Y, ah, la muchacha ¡Soledad Chávez Fajardo!
detenida en una imagen que de joven fue foto
tomada en un torneo donde la vida tal como la
vimos venía de Borneo, hará de esto una hora.

Luego de ganarle al ludo al caballito de batalla,
juega con su Caligari de goma y a las primeras
de cambio ¡grita! victoria abriendo la bragueta
para darle a su grieta lo primero que encuentre.
Más de uno hubiera pagado una fugaz fortuna
por verla comer garrapiñada añadida al dinero,
por oírla huir al aire cuando el oro la empeora.
Más de uno, pero quien sabe cuántos han sido.
Como inca en su choza escuchaba la noche al
echar el correcto bicho su leche agitada como
pija gitana que hasta ayer había sido lampiña,
y en su hija, la pata quebrada ¡diciendo! ojalá
porque del abolengo jalaba el alegre albedrío
libre dentro del vidrio embraveciendo la brisa
ante la cual cualquier corazonada cambiaría la
escena del crimen hasta criar briscos ¡en casa!
Cada uno con su pierna más larga hacía raras
gárgaras pues la garganta podría ser la misma
para ambos ambicionando la hora del secreto.
Ambos eran, la rosa hasta saberlo la voluntad,
un país de montaña con tantos años para unir
a los ñames al principal sospechoso de soñar
bajo un cáñamo inmoral animado a su modo.
Para la capuera que tanto esperaba perpetuar,
era el árbol de las horas frías cuando estaban
en lugar de la doncella con el vello en llamas.
Días para encaramar escapándole a mi caspa,
a la historia cuya cúspide les impedía dormir.
Pero no era lo único, ni siquiera el comienzo.
Del abrigo libre de batiburrillos huían indios
adivinando la verdad para que nadie muriera

con las botas puestas, no vaya a ser que luego una media dijera, ¿cómo hemos llegado aquí? Cuánto barullo de eslabones, tribus, y loción hacían a la cacica llorar hasta que la lágrima rimara con Bahamas y por ella a desmayarse el ayo rayó la salud saludando la bienvenida. La cacica con lascas de caca en la cara tenía como cábala coleccionar números capicúas de los que dan suerte cuando la muerte roza cerca la causa al hacerse pasar por su madre. Abriéndose paso entre las ubres la abrumada madrastra acariciaba la cima amable mientras entraba a la habitación con un salto de cama. Usura suya la belleza a usanza del santurrón arrepentido de rascar su espalda de araucana anunciaba la venida del día en bien de todos*. Tan por alampada, duró hasta descascararse, en más de uno como novio hasta ver mucho. Vaya changúí que la vida en sudor convierte. Una reina, como en el mal poema, una reina. Zurcía, suspiraba, cuece ¡así! y hacía silencio. La estatura de quechua era para que pudiera, lo demás, para no poner a prueba su nombre.

* "Los hombres de tierra firme de Indias comen carne humana y son sodométicos más que generación alguna. Son como asnos, abobados, alocados, insensatos, inconstantes; no saben qué cosa sea consejo; son ingratisimos; précianse de borrachos y tienen vinos de diversas yerbas, frutas, raíces y granos; emborráchanse también con humo y con ciertas yerbas que los sacan de seso; son bestiales en los vicios; son traidores, crueles y vengativos, que nunca perdonan; inimícimos de religión, haraganes, ladrones, mentirosos y de juicios bajos y apocados; son hechiceros, agoreros, nigrománticos; son cobardes como liebres, sucios como puercos; comen piojos, arañas y gusanos crudos donde quiera que los hallen; cuanto más crecen se hacen peores; hasta diez o doce años parece que han de salir con alguna crianza o virtud, de allí adelante se tornan como brutos animales; en fin, digo que nunca crió Dios tan cocida gente en vicios y bestialidades, sin mezcla de bondad o policía". (Fraile Tomás Ortiz, 1525)